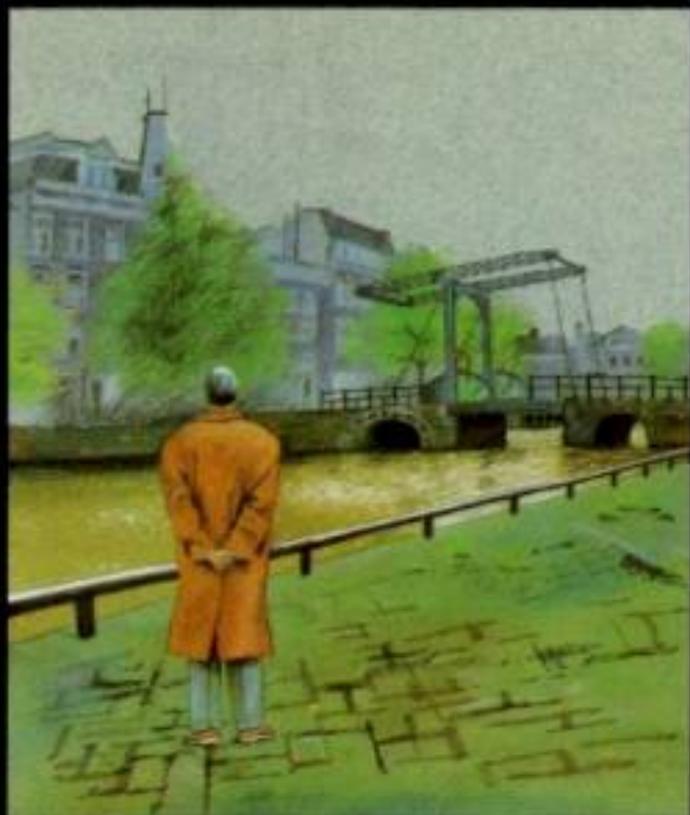

NICOLAS FREELING

EL REY DEL PAIS LLUVIOSO



E T I Q U E T A



N E G R A

La historia no sucede en un país lluvioso, sino en una ladera española completamente seca, a trescientos metros de donde Van der Valk había dejado mucha sangre, algunos huesos astillados, algunos fragmentos de tripa y una bala de fusil Mauser de diez setenta y cinco. Nadie había violado ninguna ley. Pero un guapo millonario de mediana edad había desaparecido con una chica desnuda. Y Van der Valk se encargó de averiguar por qué.

NOTA

El impacto del estilo Maigret en la literatura policíaca europea produjo muchas imitaciones, pero casi ninguna respuesta original. Sería el escritor británico vecindado en Holanda Nicholas Freeling el único que lograría recuperar la cotidianidad del tono simenoniano, y al mismo tiempo tocarlo con sus muy propios instrumentos, conservando el peso del clima, la tristeza, los sabores urbanos, pero introduciendo de lleno las historias criminales de la segunda mitad del siglo xx.

Nacido en Londres, Inglaterra, aunque criado en Francia, Freeling recorrió toda la Europa continental tras su intervención en la segunda guerra mundial para terminar estableciéndose en Amsterdam. Probó con decenas de oficios entre los que destacaría como cocinero en hoteles y restaurantes, pero en 1961 encontraría su camino al escribir y publicar Amor en Amsterdam, su primera novela policíaca, que habría de triunfar en Europa y Estados Unidos.

A partir de ese momento la obra de Freeling se despliega, triunfando particularmente las novelas que llevaban como personaje al inspector Van der Valk, su trabajo literario más logrado. Van der Valle es un hombre que se mueve en la tristeza, que se involucra en cada crimen como si resultara una ofensa personal, que recorre ciudades brumosas en las que llueve demasiado y a nadie parece importarle que se descubra la verdad.

La obra de Freeling ha reunido los más importantes premios internacionales que se otorgan en el mundo: La Daga de Oro de los escritores británicos en 1963, el Gran Prix du

Roman Policier que otorgan los autores franceses en el 65 y el Edgar de la Mystery Writers norteamericana en el 66.

La difusión de la obra de Freeling en estos últimos años en los países de habla española se ha centrado en sus trabajos menores, aquellos que llevan al inspector Canstag como personaje. Etiqueta Negra inicia la publicación ahora de sus trabajos con Van der Valk como personaje. El primero fue Un largo silencio (EN 102), ahora El rey de un país lluvioso, a la que seguirán otras de la misma calidad.

PIT II

Van der Valk se despertó. Su mente estaba llena de confusas ideas, y notaba un sabor desagradable en la boca, igual que si hubiera acabado de beber un poco de coñac español barato. ¿Se había quedado dormido tras haber bebido excesivamente? Esta era la impresión que tenía. También había sufrido unas pesadillas terribles. Y luego, aquellas sábanas... Había estado dando vueltas en ellas, subiéndolas y bajándolas, componiendo un incomprensible embrollo. Encogió una pierna, estirándola de pronto, en un fuerte puntapié. No sucedió nada. ¿Continuaba acaso soñando? Seguramente, ya no seguía dormido. Su pierna sí que parecía estarlo. Algo marchaba mal. Ordenó a su pierna propinar otro puntapié, pero el miembro en cuestión se negó. La pierna parecía estar dormida, en su totalidad, a partir de la cadera. El coñac sabía muy mal... ¿Dónde había bebido aquello? Debía de estar soñando todavía, ya que recordaba cosas acerca de su sueño, y este tenía algo que ver con Biarritz. ¡Ah! Unas vacaciones en Biarritz... Una idea bastante de su gusto. Y una idea magnífica. Ni él ni Arlette habían tenido ocasión de conocer la costa atlántica.

No se trataba de una buena idea.

Estaba lo del jamón, sin embargo... Él había comido pan con jamón curado. La ciudad no era Biarritz, sino otra determinada cuyo nombre empezaba por B. Bayona. Bayona. Se sintió triunfador al recordar el nombre. Y su sueño había tenido que ver algo con la guerra. La frontera española... El río Bidasoa. Soult cruzó el Bidasoa, dirigiéndose al norte. Soult no tenía mucho de general, pero es que lo mismo le había pasado a Wellington, que necesitara cinco años para proclamarse vencedor en una campaña en la que

todas las cosas le favorecían. Soult era excelente a la hora de mover a los hombres, pero no muy bueno a la de combatir. Hubiera tenido que enseñar a Soult a luchar.

Alto ya el sueño. Había que despertarse. Bien. A mover un brazo. Movi6 un brazo, y la mano entr6 en contacto con algo muy chocante. Una especie de basta hierba. Y una piedra. Sintió que lo que quedaba bajo su cabeza era pedregoso también. No estaba en una cama, en absoluto. Se había embriagado, quedándose dormido en la elevación, bajo el ardiente sol. Pudo «olerlo». Oía a hierbas recalentadas y a tomillo. Luego, repentinamente, recordó el detalle más importante. Habían disparado sobre él.

Él era un soldado del ejército de Soult... Sí, en efecto. Y Soult, aquel bastardo, le había abandonado allí, para que muriera sobre la ladera. Sabía que se encontraba en una cuesta a causa de que la cabeza le quedaba mucho más baja que los talones. Pobres talones; pobre cabeza. Había sido alcanzado por un disparo, y cuando un miembro del ejército de Soult resultaba herido se quedaba en la ladera y moría en ella, debido a la carencia de ambulancias. Compadecido de sí mismo, profirió una maldición. «Ahora —se dijo, mientras sus ojos derramaban unas dramáticas lágrimas— voy a morir tendido sobre una condenada ladera, de la que ni siquiera sé si pertenece a Francia o a España, y mis huesos serán encontrados más tarde por algunos yeseros portugueses deseosos de entrar ilegalmente en la República, quienes no se interesarán por ellos lo más mínimo. Voy a morir, y sin tener ocasión siquiera de hacer fuego sobre el enemigo. Aquel romántico imbécil de Robert Jordan podría decir adiós a su chica, y disponerlo todo adecuadamente para, con ayuda de una ametralladora y lo demás, hostilizar a la caballería navarra, que es lo que se ofrece ahora. Es decir, eso es lo que ocurre en los libros. Y esto no es un libro; esto es algo real». Lloroso, autoconmiserativo, cayó de nuevo en el sueño. El coñac era terriblemente fuerte; la ladera giraba, y giraba, en torno a él.

Después, al volver a despertarse, divisó un rostro no perteneciente al sueño. Era aquel un rostro redondo, más bien joven, muscular, muy francés, de cortos cabellos y gafas sin montura. Van der Valk movió los ojos, viendo entonces la enrollada manga de una camisa blanca y un brazo moreno. Unos finos y delicados dedos manipulaban una jeringuilla hipodérmica para hacer salir de ella un residuo de aire. La aguja giró ante él, portadora de una gota de líquido en su punta, quedando apuntada hacia su cuerpo.

—¿Quién es usted?

—Sea bueno y olvídense del mariscal Soult, ¿quiere?

—¿Dónde se encuentra él?

—Murió hace ciento veinte años. Estamos a punto de recordarle casi con afecto. Ahora voy a ponerle en condiciones de que pueda conciliar el sueño.

Van der Valk giró los ojos con dificultad, buscando la mano al perderse esta de vista. No se había equivocado en lo referente a la ladera. Sobre esta se encontraba un pequeño Citroën, de un desvaído tono gris, y una ranchera Peugeot 404 con una cruz pintada en su carrocería. Desde luego, el mariscal Soult no había podido saber nada en su época acerca de las rancheras Peugeot. ¿Qué diablos hacía él en esta compañía? La redonda y juvenil faz de los lentes entró de nuevo en su campo de visión repentinamente.

—«Yo soy como el rey de un lluvioso condado» —le dijo Van der Valk—: «rico, e impotente. Joven, y muy viejo».

—¿De veras? ¡Ay, querido! Ha estado usted expuesto al sol demasiado tiempo. Le hemos arrebatado de los brazos del mariscal Soult, y lo primero que hace ahora es citar a Baudelaire. Bien. Todo ha pasado ya. Esa gente ha quedado atrás. Duérmase.

* * *

El siguiente despertar que él recordaba resultó algo mejor, si bien sabía que había vivido otros momentos semejantes

con anterioridad. Nada de campanas de Bicêtre, nada de Soult. En lugar de esto, Arlette, su esposa, que lucía unos cabellos sin peinar, enredados, inusualmente rubios, y echados hacia atrás con la ayuda de una banda blanca, de suerte que ello hacía pensar casi que en definitiva habían terminado por disfrutar de unas vacaciones en Biarritz. Hizo un gran esfuerzo para recordar. Arlette... Los mariscales de Napoleón.

—Mi pobre Van —le dijo ella en francés.

Él pensó que podía haberse producido otro instante en blanco de nuevo, tras aquello, pues al volver a abrir los ojos descubrió al joven de los cabellos cortos junto a Arlette, mirándole sonriente desde arriba. Las cosas comenzaron a encajar en sus sitios respectivos. Él recordó que se le tenía por detective, sintiéndose entonces mejor.

—Yo le he visto antes.

—Cierto. En una ladera. El mariscal Soult... ¿Se acuerda? —respondió su interlocutor, riendo cordialmente.

—Pero ¿quién diablos es usted?

—Soy el doctor Capdouze. A su disposición. Le explicaré. Seré muy breve, y usted no llegará a comprender ni la mitad de lo que le diga de todas maneras, pero esto no importa. Le hirieron a consecuencia de un disparo. Un hombre oyó el estruendo y se mostró curioso en relación con el hecho, ya que no hay por aquí muchos blancos que puedan justificar el empleo de un gran rifle. Y le encontró a usted, que era lo mejor que podía pasar. Por tratarse de una persona inocente que suele portarse lo mejor que puede, le hizo ingerir un poco de coñac, un coñac que estuvo a punto de matarle, echando a correr seguidamente para ir en busca mía. Soy el médico de la población de Saint-Jean. Le hemos traído aquí, y esta vez no morirá. Por sus venas corren sangres de distintas clases, sangre árabe, sangre negra y solo Dios sabe de qué procedencia más. Se encuentra usted en Biarritz, en una buena clínica, no en la prisión, aunque por este lugar andan varios policías que desean hablar-

le. No se preocupe: no voy a dejarles pasar todavía. Ahora se halla perfectamente bien. Por si no puede recordarlo, le explicaré que es usted el inspector Van der Valk, de la policía de Amsterdam. Esta mujer es su esposa, Arlette. No tengo la menor idea acerca de lo que estaba haciendo en la ladera, pero puedo responderle de que en estos momentos se halla rodeado de todo género de atenciones del moderno sistema postoperatorio, cuenta con la seguridad social, y cuidan de su persona varias monjas, yo, el profesor Gachassin, que es su cirujano, y su esposa, una mujer notablemente agradable pese a provenir de Provenza. ¿De acuerdo? No tiene por qué estar preocupado. Lo que va a hacer ya es conciliar el sueño.

Van der Valk se quedó dormido.

* * *

Arlette no le habló del disparo hecho con el rifle, pero él fue conjuntando informaciones. Le habían alcanzado cerca de la cadera, por la derecha, utilizando un proyectil Mauser de alta velocidad. ¡Diablos! Tratábase de algo gordo, de 10,75 milímetros. Había tenido una suerte terrible. Habían disparado sobre él desde una distancia aproximada de trescientos metros, de lado y hacia abajo. Esto le había salvado la vida, ya que el tirador no había reparado en lo engañoso que resulta apuntar sobre algo situado en un plano inferior. La bala había perforado un intestino, no afectando por fortuna a la gran arteria. Tras tocar la columna vertebral y romper la pelvis, la bala emergió por una nalga, produciendo un gran estrago. Tendría que guardar quietud durante algún tiempo, pero nadie pensaba que permanentemente. El doctor Capdouze se mostró muy acalorado. Los médicos no siempre prevén cosas buenas. Todos los presentes lo habían convenido así. El profesor Gachassin era una gran autoridad médica de Toulouse, y había jurado que transcurrido un año Van der Valk estaría andando de nuevo. Pasa-

ría un largo, muy largo período de tiempo, durante el cual sería obligada la consulta de numerosos libros y la práctica de incontables ejercicios de rehabilitación.

—Conseguiremos que suba las cuestras con los esquíes puestos —habían dicho los médicos.

Arlette sospechó enseguida que tales cosas se decían para animarla, pero empezaba a sentirse esperanzada. Pensó que la idea de los esquíes divertiría a su marido y le proporcionaría energías para luchar.

A él no le hizo mucha gracia el proyecto, si bien no se lo hizo saber a su mujer. Por entonces había logrado recordar toda la historia de lo sucedido ya. Formaban parte de ella los esquíes, precisamente. Tenían mucho, demasiado, que ver con el hecho.

Tan pronto se sintió lúcido mentalmente, pidió la presencia de la policía. Esta quedó representada por un viejo *commissaire* que vestía un traje gris, adornando una de sus solapas con una tira de cordón rojo. Sus cabellos eran grises también, como el traje. El hombre fumaba cigarrillos, desafiando la vigilancia de las enfermeras. Contaría unos cincuenta años. Era moreno, y su rostro aparecía reseco por el sol, igual que un higo de Smyrna.

—Me llamo Lira. Soy *commissaire*. ¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, aunque me domina la impresión de tener en las nalgas un orificio por el que podría pasar un camión. Deme uno de sus cigarrillos.

—¡Demonios, amigo! A usted no se le permite fumar.

—Ni a usted tampoco, aquí.

El señor Lira no perdió tiempo alguno discutiendo. Colocó un cigarrillo en sus labios, lo encendió y lo cogió con una de sus morenas manos, llena de cicatrices, poniéndolo delicadamente en la boca de Van der Valk, donde empezó a moverse mientras este hablaba. De vez en cuando, el policía francés se lo retiraba con la misma delicadeza, golpeándolo levemente con un dedo, por fuera de la ventana,

abierta, haciendo saltar la ceniza, en unión de la producida por él. En cada una de estas ocasiones efectuaba un desplazamiento de una docena de pasos, sin mostrar la más leve irritación, como si hubiera estado acostumbrado a tomarse determinadas molestias con motivo de pequeñas y pedestres cosas. Así era, en efecto.

—Tengo entendido que usted se lanzó tras un maníaco armado con un rifle, con el que proyectaba disparar sobre mí, y le estoy muy agradecido, ya que de haber resultado todo de otro modo hubiera podido dejarme tendido allí. Estrasburgo, sin embargo, no puede comprender por qué ustedes dos bajaron corriendo hasta aquí. ¿Cuál fue el motivo? ¿Solo rebasar la frontera?

—Hay un hombre llamado Canisius, un hombre de negocios. Estuvo aquí. Entró en España para echar un vistazo a las casas que posee. Pensaba emprender el regreso poco más tarde. Había la idea de disparar sobre él. El internamiento en las elevaciones fue un propósito suicida, pensé. Por esto lo seguí. ¿Estaba en lo cierto?

Lira asintió.

—Nosotros no sabíamos nada, desde luego. Solamente que había alguien armado con un rifle en aquella elevación, un rifle del que podía hacer uso el tipo. Repartimos por allí a unos cuantos muchachos con sus armas preparadas y nos procuramos un psiquiatra de Hendaya, y un megáfono. Fue inútil. Subimos al oír el disparo. Fue una dura tarea. No localicé ninguna pista en el lugar. Y tengo que hacer un informe para el fiscal. No hallé pies ni cabeza a la historia aportada por Estrasburgo. Usted la conoce, al parecer. Si pudiera tan solo decirme lo que sabe... Cualquiera cosa que parezca adecuado para un informe.

—Nada de lo que sé me parece correcto para un informe.

El señor Lira, esbozando apenas una sonrisa, contestó:

—Me doy cuenta de que los policías de su procedencia vienen a ser lo mismo que los de la mía.

—Ya se lo explicaré —manifestó Van der Valk—. Es fácil de comprender, realmente. Y ahora no hay por qué precipitarse. No puedo hacerlo, en estos momentos. Estoy terriblemente fatigado. ¿Puede usted venir a verme mañana?

—Sí.

—Tráigame unos cuantos cigarrillos. Sabré esconderlos. La gente ha estado trayéndome flores.

El señor Lira arrojó por la ventana dos colillas, y se quedó mirándole.

—Muchacho: se ha escapado usted de una buena y por poco. Cuando esté mejor beberemos algo para celebrarlo. Le traeré cigarrillos.

—Váyase ya —replicó Van der Valk, débilmente.

Entró después de llamar, de repente, una enfermera, en la habitación. Tal como suelen hacerlo ellas. Se detuvo de pronto, husmeando el aire.

—Han estado fumando, Dios mío. Unos policías... Se comportan como si fueran unos niños traviesos.

—Hermana —dijo el señor Lira, serenamente—: ¿se ha dado cuenta de que una de las luces posteriores de su pequeño Simca funciona defectuosamente? Hágala arreglar. Sea buena chica.

* * *

Van der Valk permaneció en actitud reflexiva durante veinticuatro horas, durmiéndose y despertándose, alternativamente. Este fue el final de la historia que había iniciado: «Cierta vez, en un lluvioso condado, hubo un rey...». El final no se había producido en un lluvioso condado sino en una reseca ladera española, a trescientos metros de donde Van der Valk dejara una buena cantidad de sangre, un hueso astillado, unos cuantos fragmentos de tripa, y un proyectil de rifle Mauser de 10,75 milímetros. A varios centenares de metros de distancia tan solo quedaba el punto por el cual Junot cruzara el Bidasoa, en dirección al sur, por el que

siete años más tarde Soult efectuara su cruce, rumbo al norte, por el que ciento cincuenta años después el último de los mariscales, tendido en compañía de un rifle en una espesura de matorrales, aguardara el instante en que un hombre de negocios holandés llamado Canisius detendría su coche, en la frontera.

* * *

Van der Valk se encontraba en su despacho de Amsterdam, cuidando, principalmente, de sus asuntos, cuando le fue anunciada la presencia del señor Canisius a través del teléfono, desde la portería, en la planta baja.

—Dice que desea hablar con alguien que goce de autoridad.

—¿Qué aspecto tiene?

—El de un tipo rico. El cuello de su gabán es de piel.

El policía de la oficina de recepción había abatido el mamparo de cristal aislante, de forma que no podían ser oídas sus palabras desde el pasillo. Y no era que el señor Canisius tratara de escucharlas. En aquellos instantes contemplaba sus pulcramente pulidos zapatos negros, con un gesto de fastidio en el rostro.

—Hágalo subir —dijo Van der Valk.

Era aquel un frío día de los primeros del mes de marzo, que se habían caracterizado por sus también frías luces y sus húmedos y desapacibles vientos. Un mes a base de frialdades. Van der Valk no se había resfriado, pero llevaba los bolsillos repletos de Kleenex, muy doblados, reducidos a tamaños mínimos, y colocados en la ropa por su esposa. Los livianos papeles salían volando, como si hubieran sido las palomas de un prestidigitador, cada vez que él rebuscaba en sus bolsillos, tratando de dar con una goma de legajo o un caramelo de menta.

—¿Es usted el inspector de servicio?

—En efecto. Me llamo Van der Valk. ¿Tiene usted la bondad de sentarse?

El señor Canisius aceptó muy a gusto su ofrecimiento. No había nada en él de atlético y acababa de subirse dos pisos. Parecía un hombre próspero. El cuello de piel del gabán era negro y bien cortado; sus pantalones de estambre, grises, eran de precio; calzaba unos zapatos de artesanía. De su mitad superior, lo más visible era la bufanda de lana, de vivos colores. Van der Valk pensó que el esmerado corte de su abrigo ayudaba a su visitante a disimular una pequeña barriga de burgués. Era portador de un sombrero flexible, también gris, ribeteado con seda blanca. Su banda de rubio cuero tenía un toque de pintura dorada, dando la impresión la prenda de haber sido comprada diez minutos atrás.

La faz no era particularmente memorable, pero impresionaba... La cabeza era grande y calva, la nariz de puente alto, las cejas muy negras; las orejas, aplastadas contra el cráneo, mostraban unos lóbulos largos y caídos; los labios eran grandes y pálidos, presentando unas comisuras caídas; dos bolsas subrayaban sus pequeños ojos, oscuros y de expresión viva, con unos párpados bien abiertos.

El señor Canisius se quitó los guantes lentamente, colocándolos a continuación dentro de su sombrero. Un diamante de tres cuartos de quilate, por lo menos, centelleó en su blanca, menuda y gordezuela mano, una mano cubierta por matas de negro vello. La voz era velada y sonora, semejante a la de un café *Wiener Mélange* con una crema de *chantilly* flotando encima.

—Debo pedirle que preste atención a una historia un tanto fuera de lo corriente.

Se había tomado su tiempo para encender un puro corto, en forma de torpedo, de tabaco negro. Tabaco brasileño, o algo por el estilo, pensó Van der Valk. Del señor Canisius se desprendía un tenue perfume, algo que no llegaba a ser un olor definido. Olía a vainilla y a granos de café ca-

ro... ¿O bien era esto producido por la fuerza de la sugestión?

—Le describiré brevemente el fondo de la historia — anunció el señor Canisius, guardándose el fino encendedor de oro que acababa de utilizar.

Impulsado por una especie de esnobismo al revés, Van der Valk se llevó un cigarrillo barato francés a los labios, encendiéndolo con una cerilla. Disponía, sin embargo, de un encendedor perfecto, bueno, que desde hacía tres días necesitaba una nueva piedra.

Las palabras salían rápidamente de la boca del experimentado y lúcido orador.

—Usted habrá oído hablar de la firma denominada coloquialmente Sopexique. Sus fundadores amasaron una considerable fortuna en el siglo pasado, operando en los países no desarrollados. Se trata de una compañía comercial que cuenta con muchos intereses en América del Norte y América del Sur, y bastantes menos, me alegra decirlo, en África, donde tuvo sus comienzos. El fundador de esta firma se apellidaba Marschal, un nombre nada familiar para usted. El nombre está representado todavía por un tal M. Sylvestre Marschal, quien heredó e incrementó una grandísima fortuna. Existen fincas rústicas y urbanas en París, Roma, en Nueva York y Río... No mencionaré cifras, pero puede usted creerme si le digo que esta es una de las mayores fortunas privadas del mundo actual y del pasado. Hablo de una fortuna privada, que hay que considerar aparte de las posesiones e inversiones de la compañía, también de mucho volumen.

Hubo una breve pausa para que el oyente pudiera asimilar los conceptos expresados.

—M. Marschal es un hombre todavía lleno de vigor y activo. Cuenta ahora más de ochenta años de edad, pero visita su despacho de París a diario. Hace unos pocos años asignó, por razones en las que no necesito entrar, una parte muy grande de sus riquezas a su hijo único, un hombre que